**EL CONSEJO DE DIOS PARA LA IRA**

Génesis 4:23-24

INTRODUCCIÓN

Así como hemos visto en la vida de Caín el primer caso de violencia en la Biblia, vemos en la vida de Lamec, un descendiente de Caín, el primer caso de un hombre iracundo y extremadamente vengativo. Su lema fue “Que un varón mataré por mi herida”, que en otras palabras significa “si alguien me golpea lo mato”, de manera literal. Y añadió “Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad setenta veces siete lo será”.

Que Lamec sea iracundo significa que era sumamente irascible, irritable y colérico. Literalmente estaba poseído de ira, de furia, de rabia y de cólera. La ira lo dominaba a tal punto que se irritaba con cualquiera que se atravesaba en su camino. Y eso no debe sorprendernos, porque conocemos a algunas personas iracundas en el trabajo, en el vecindario, o entre nuestros parientes, con los cuales evitamos el trato porque se enfurecen por cualquier cosa. Y también, puede ser también que los demás nos eviten por la misma razón, es decir, porque no controlamos nuestra ira.

Aunque no lo queramos reconocer, estos arranques de ira nos hacen daño. Como dijo William Shakespeare, el gran dramaturgo y poeta inglés, “La ira es un veneno que uno toma esperando que muera el otro” Y Shakespeare dijo una gran verdad: si uno toma un poderoso veneno, no daña a nadie sino a sí mismo. El que se muere por causa del veneno es uno, no la víctima de nuestra ira. La ira es un veneno.

En la historia de la iglesia, la ira fue considerada como uno de los siete pecados capitales. Se llaman “capitales” porque de éstos pecados surgen otros. Los siete pecados capitales o cardinales son: (1) La ira (2) La gula (3) La soberbia (4) La lujuria (5) La pereza (6) La avaricia (7) La envidia. De la ira contra uno mismo surge o se deriva en el suicidio o la autoflagelación o cualquier daño contra sí mismo, o también contra otros cuando reacciona con violencia ante el desacuerdo.

Dante Alighieri, en su obra La Divina Comedia, imaginó cómo sería el infierno para los iracundos. Dante comienza su viaje desde una selva oscura a los tres mundos. Cuando ingresa en el quinto círculo, en la laguna Estigia, en el infierno, ve a los sumergidos en la ira y el descontento. En su poema dice:

“Recorrimos el cerco hasta una fuente de agua hirviente

que cae por la hendidura que ha labrado,

honda cual la negrura de su curso.

Al cabo, la corriente, mudada en triste y mísero afluente

llega a la playa gris y la captura Estigia

la laguna, la llanura, el lodo, donde acaba fatalmente

Vi en sus ondas a seres que se herían, no con las manos,

con los pies, los dientes, la cabeza, los codos.

Se arrancaban unos a otros los miembros.

Parecían fieras enloquecidas y en sus mentes

solo el odio y la ira se mostraban”

Para Dante el castigo de haber pecado con la ira, es sufrir la ira revolcándose en el barro de la laguna por toda la eternidad arrancando los miembros de otros con las manos, los pies, los dientes los codos. El cuadro del infierno de Dante para los iracundos es realmente espantoso. Aunque nadie sabe en realidad cómo será ese infierno.

No obstante, fuera del tema del juicio y castigo, en la Biblia encontramos dos tipos completamente diferentes de iras. La primera es humana, que no necesariamente es un pecado, pero puede convertirse en pecado si causa daño en otros o daño a sí mismo. Y la otra ira es divina y santa, y pertenece exclusivamente a Dios.

**I EL CONSEJO DE DIOS PARA LA IRA HUMANA**

Dios no se opone a la ira humana, más aún, para algunos casos la alienta. Por ejemplo en Efesios 4:26 dice “Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo” También se puede traducir “Exaspérense, pero no pequen, ni hagan espacio para que lo ocupe el diablo”

A veces nos ocurren cosas que nos sacan de las casillas y reaccionamos con exasperación, y con ira. Y hasta allí está bien. Esta reacción natural y es parte de nuestra naturaleza, pero debe apagarse rápido, no debe seguir y seguir creciendo porque si crece y se arraiga en nosotros esa ira se convertirá en pecado. El pecado de la ira nace si continúa en nuestro corazón. Es decir que la ira que no era al comienzo un pecado se convierte en pecado si persiste en nosotros. Y si la ira, que no es buena ni mala, se transforma en pecado entonces será como un imán que atraerá al diablo a nuestras vidas. Por eso el apóstol Pablo añadió “no se ponga el sol sobre vuestro enojo…no deis lugar al diablo.” La ira y el enojo si continúan en nosotros, abren las puertas de nuestra vida para que quedemos bajo la influencia demoníaca.

Por eso, muchas personas que estaban poseídas de malos espíritus, recién pudieron ser liberadas de esa opresión cuando renunciaron al enojo, cuando dejaron de lado la ira y perdonaron a los que les hicieron mal. Por eso, nunca, nunca dejemos que el enojo pudra y destruya lo bueno que Dios puso en nosotros.

¿Cuál es el consejo de Dios si el enojo persiste día a día? ¿Qué podemos hacer con la ira que bulle en nuestro interior y no nos permite pensar bien ni concentrarnos? Dios nos aconseja que debemos matarla como se mata al fuego en un incendio para que no se siga propagando. Debemos hacer que la ira muera, como dice en Colosenses 3, 5,8 “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros… (8) “Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca”.

Podemos notar que el apóstol Pablo decía estas palabras a los creyentes en Cristo. A los que habían creído en el evangelio, se habían bautizado y formaban parte de la iglesia en la ciudad de Colosas, Escribió esto porque se enteró o lo supo de alguna manera que algunos de los miembros de esa congregación eran iracundos, enojadizos, y a veces explotaban con insultos y malas palabras. Si esto no fuera así, entonces ¿por qué les escribió que dejen la ira, el enojo, la malicia y las malas palabras? Si ellos debían dejar la ira y el enojo es porque la ira y el enojo continuaban en sus vidas.

No significa que uno es menos cristiano porque tiene arranques de ira. Tampoco significa que no haya nacido de nuevo. Significa que la vida cristiana es un continuo perfeccionamiento. Significa que no debemos deprimirnos al punto de creer que perdimos nuestra salvación, pero tampoco debemos justificarnos diciendo que así es nuestro carácter y que no vamos a cambiar. El consejo de Dios es que dejemos la ira y el enojo si es que seguimos airados después de un día. Dios nunca nos pide ni nos pedirá algo que no podemos hacer o dejar. Dios nos ama demasiado para dejarnos librados a nuestro mal carácter, y siempre nos mostrará los caminos para que vivamos una vida feliz, plena y abundante.

Cerramos así el tema del consejo de Dios para la ira humana.

**II EL CONSEJO DE DIOS PARA LA IRA DIVINA**

Dios siempre se ha presentado como un Dios clemente y compasivo. Como un Dios paciente con nuestros pecados y errores, y como un Dios que perdona y restaura. Y en la Biblia se repite una y otra vez que Dios es lento para la ira, como en Salmos 86:15 “Más tú, Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad”. Dios es lento para la ira, pero no significa que no reaccione con ira, que Dios sea lento para airarse, no significa que no reaccionará con ira, porque la paciencia de Dios tiene límites. Y cuando esto ocurra, cuando la paciencia de Dios se termine entonces se desatará la ira de Dios. Ese momento es conocido en la Biblia como el día de la ira de Dios, al que el apóstol Pablo hace referencia en Romanos 2:5 que dice “Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios.”

El resultado de la ira de Dios puede conducir a la muerte aquí en la tierra. En Salmos 106:29 dice “Provocaron la ira de Dios con sus obras, y se desarrolló la mortandad entre ellos”, Y en 2 Crónicas 24:18 dice “Y desampararon la casa del Señor el Dios de sus padres, y sirvieron a los símbolos de Asera y a las imágenes esculpidas. Entonces la ira de Dios vino sobre Judá y Jerusalén por este pecado” y la nación entonces fue saqueada y destruida.

O también el resultado de la ira de Dios puede conducir a la muerte eterna, como dijo Jesús “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él:” En otras palabras, si una persona escucha el evangelio y lo rechaza, es decir, rehúsa creer en el Hijo de Dios, a partir de ese momento estará sobre su cabeza la sentencia de la ira de Dios, según la frase de Jesús “la ira de Dios está SOBRE él.”

Carlos Spurgeon, en su libro “Palabras de consejo para obreros cristianos” escribió: “La predicación de la ira de Dios ha llegado a ser mirada con tanto desprecio en nuestros días que incluso la gente buena se avergüenza de ella; un sentimentalismo sensiblero acerca del amor y de la hondad ha silenciado en gran medida las claras reconvenciones y las advertencias del Evangelio. Pero, si esperamos que las almas se salven debemos declarar resueltamente con toda fidelidad afectuosa los terrores del Señor. …El apóstol dice: “Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres”. No permitan que la mojigatería moderna nos impida hablar claro ¿Acaso debemos ser más suaves que los apóstoles? ¿Acaso seremos más sabios que los inspirados predicadores de la palabra?...No persuadiremos nunca a los hombres si tenemos miedo de hablar del juicio y de la condenación de los impíos. Nadie es tan infinitamente lleno de gracia como lo es nuestro Señor Jesucristo, y sin embargo, ningún predicador expresó jamás palabras de trueno más fieles como Él lo hizo. Fue El quien Habló del lugar “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga”. Fue Él quien dijo “E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.” Fue Él quien dijo la parábola relativa al hombre en el infierno que ansiaba una gota de agua para refrescar su lengua. Nosotros debemos ser tan claros como Cristo, tan categóricos en honestidad para con las almas de los hombres, o tendremos que rendir cuentas al final por nuestra traición. Si adulamos a nuestros semejantes con sueños afectuosos en cuanto a la pequeñez del futuro castigo, nos detestarán eternamente por haberlos engañado y en el mundo de su tortura invocarán perpetuas maldiciones sobre nosotros por haber profetizado cosas tranquilas y no haberles expresado la atroz verdad:”

Lo que Spurgeon trataba de decir es que debemos hablar sobre la ira de Dios y la condenación eterna en el infierno a los que se niegan creer en Cristo. Aquí no se trata de opiniones sino de hechos. Nadie habló tanto y tan claro del infierno eterno como lo hizo Cristo, y si somos realmente cristianos también debemos ser tan claros como él, aunque muchos prefieran creer lo contrario y negar que exista. Permítanme darles unos ejemplos. Supongamos que alguien niegue que exista la ley de la gravedad y se arroja del cuarto piso de un edificio, si no muere por el golpe quedará hospitalizado por meses para que se repongan sus huesos rotos. La realidad de la ley de la gravedad es más contundente que las opiniones. Del mismo modo el hecho que alguien opine que no existe el infierno eterno, eso no cambiará la realidad, porque sí existe, más allá lo que uno piense u opine.

Otro puede decir y afirmar que la inflación no existe, que es un cuento de los medios de comunicación, pero cada mes notará no puede comprar las mismas cosas con la misma cantidad de dinero como lo hacía antes. La realidad mata al relato. Del mismo modo algunos pueden decir que el infierno es un invento de la religión para manipular a la gente, pero lo que digan no cambia la realidad de su existencia.

Un enfermo en terapia intensiva que está a punto de morir de una enfermedad terminal, puede decirle a su médico que le diga que estará bien, que pronto se sanará y podrá volver a su casa, pero por más cosas agradables que le diga su médico, la realidad es la realidad. El hecho que uno no quiera oír una mala noticia no hará que uno mejore. Y el hecho que uno no quiera que le digan que será condenado eternamente no evitará que sea condenado.

Si Jesús dijo que si alguien rehúsa creer en el Hijo de Dios, que si rehúsa creer en el evangelio, no verá la vida, es porque en verdad no verá la vida. Y si dijo que la ira de Dios está sobre él, entonces la ira de Dios está sobre la cabeza del que no cree. Porque Jesús siempre dijo la verdad, y no solo esto, sino que él es la verdad. Y rechazar a Cristo es rechazar la verdad.

Cuando el volcán submarino entró en erupción el 15 de enero de 2022 cerca de Tonga, una nación del Pacífico Sur, provocando que las olas de tsunami llegaron hasta 15 metros de altura, se emitieron avisos para que la gente en toda las costas del Pacífico escaparan a las zonas altas. Sin embargo, dos mujeres en Perú murieron a causa de este tsunami. Nos preguntamos si murieron porque no les avisaron o murieron porque no creyeron en la noticia. Lo mismo ocurre con la predicación del evangelio que significa “buenas noticias”, son buenas noticias de salvación para los que creen, porque no serán condenados sino que tendrán vida eterna. Pero los que no crean se perderán para siempre.

Por eso, como cristianos debemos anunciar el evangelio de todas las formas posibles, para salvar a la mayor cantidad de personas posible, para que nadie se pierda porque no se les habló de Jesucristo. Que crean o no crean es responsabilidad de cada uno. Pero a “a todos los que crean en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”

CONCLUSIÓN:

Estos son los dos grandes consejos de Dios sobre la ira. En el primer consejo nos dijo que debemos deshacernos de la ira, del enojo lo antes posible para no dar lugar al diablo. Y en el segundo consejo nos advirtió que viene la condenación para los que no creen, que el día de la ira de Dios vendrá y no habrá escapatoria.

Por eso, si deseas entrar en la vida, si quieres ser salvo, si quieres librarte del castigo eterno y de la condenación, te digo como el apóstol Pablo “cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa”.